

Lecturas del Domingo 23º del Tiempo Ordinario - Ciclo A

Domingo, 10 de septiembre de 2023

Primera lectura

Lectura de la profecía de Ezequiel (33,7-9):

Así dice el Señor: «A ti, hijo de Adán, te he puesto de atalaya en la casa de Israel; cuando escuches palabra de mi boca, les darás la alarma de mi parte. Si yo digo al malvado: "¡Malvado, eres reo de muerte!", y tú no hablas, poniendo en guardia al malvado para que cambie de conducta, el malvado morirá por su culpa, pero a ti te pediré cuenta de su sangre; pero si tú pones en guardia al malvado para que cambie de conducta, si no cambia de conducta, él morirá por su culpa, pero tú has salvado la vida.»

Salmo

Sal 94,1-2.6-7.8-9

R/. Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor:

«No endurezcáis vuestro corazón»

Venid, aclamemos al Señor,
demos vitores a la Roca que nos salva;
entremos a su presencia dándole gracias,
aclamándolo con cantos. **R/.**

Entrad, postrémonos por tierra,
bendiciendo al Señor, creador nuestro.
Porque él es nuestro Dios,
y nosotros su pueblo, el rebaño que él guía. **R/.**

Ojalá escuchéis hoy su voz:

«No endurezcáis el corazón como en Meribá,
como el día de Masa en el desierto;
cuando vuestros padres me pusieron a prueba
y me tentaron, aunque habían visto mis obras.» **R/.**

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos (13,8-10):

A nadie le debáis nada, más que amor; porque el que ama a su prójimo tiene cumplido el resto de la ley. De hecho, el «no cometerás adulterio, no matarás, no robarás, no envidiarás» y los demás mandamientos que haya, se resumen en esta frase: «Amarás a tu prójimo como a tí mismo.» Uno que ama a su prójimo no le hace daño; por eso amar es cumplir la ley entera.

Evangelio

Lectura del santo evangelio según san Mateo (18,15-20):

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Si tu hermano peca, repréndelo a solas entre los dos. Si te hace caso, has salvado a tu hermano. Si no te hace caso, llama a otro o a otros dos, para que todo el asunto quede confirmado por boca de dos o tres testigos. Si no les hace caso, díselo a la comunidad, y si no hace caso ni siquiera a la comunidad, considéralo como un gentil o un publicano. Os aseguro que todo lo que atéis en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desatéis en la tierra quedará desatado en el cielo. Os aseguro, además, que, si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, se lo dará mi Padre del cielo. Porque donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.»

Comentario a las lecturas.

La lectura de este evangelio quiere recoger un tema muy querido por el evangelista: *“Dios está con nosotros”*. En cualquier lugar en que se reúnan los cristianos en su nombre, allí estará Él. Cristo Resucitado sigue presente siempre en su Iglesia.

En estos tiempos en que en Europa los Templos se nos quedan vacíos, no debemos olvidar nuestros orígenes. En la primitiva Iglesia no había templos materiales, pero había “templos espirituales” No había iglesias, pero sí “Iglesia”. La Iglesia de Jesús: con una fe no-nocional sino vivencial en Cristo Resucitado. Jesús era el Centro de esas Comunidades. De la fe en Jesús Resucitado nació la necesidad de juntarse y vivir “como hermanos”. La fraternidad no es una bonita teoría, es una espléndida realidad: vivida con gozo, con entusiasmo, con deseos de compartir con otros esa bonita experiencia. Y me

pregunto: ¿Por qué no volvemos a las raíces? ¿Por qué no dedicamos nuestro mejor tiempo en crear pequeñas comunidades vivas en torno a Jesús? ¿O seguiremos lamentándonos con amargura de que la gente ya no nos viene al Templo? Hay que preguntarse en serio: Y tú, además de lamentarte, ¿qué haces?

Ya, desde el principio, los primeros cristianos fueron conscientes de que, para ser cristianos, lo primero hay que ser “hombres y mujeres de este mundo”. Y en este mundo hay que aceptar la debilidad, la fragilidad. No estamos hechos de bronce sino de “barro”. Y, cuando caemos, nos rompemos. El evangelio de hoy nos advierte que no se parte de una comunidad de perfectos, sino de una comunidad de hermanos, que reconocen sus limitaciones y necesitan el apoyo del Señor y de los demás para superar sus fallos. Los conflictos pueden surgir en cualquier momento. Jesús no se asustó ni de la terquedad de los apóstoles, ni de las pretensiones ambiciosas de Santiago y Juan; ni de las negaciones de Pedro, ni de la traición de Judas. *“Él sabía muy bien lo que hay en el hombre” (Jn. 2,25)*. Y, a pesar de todo, siguió amándolos, perdonándolos, llamándolos y confiando en ellos. Lo que entonces hizo con los apóstoles quiere hoy hacerlo con nosotros. A Jesús nunca le interesa nuestro pasado negativo, lo que hemos sido, sino nuestro presente: lo que ahora somos, y sobre todo, nuestro futuro: lo que todavía podemos llegar a ser.

Los fallos, las dificultades, los errores y los pecados no dificultan nuestro camino hacia Dios, siempre que estemos preparados para superarlos. Por eso, la corrección fraterna está tratada de un modo exquisito: primero entre los dos; después con otros de confianza; al final que decida la comunidad. Y la comunidad no lo expulsa, sino que le invita a que sea él mismo el que se vaya, dejando siempre la puerta abierta para el posible retorno. No puede haber corrección fraterna sin fraternidad. A veces las correcciones en comunidades sólo han servido para despellejar a las personas. Somos muy dados a arrancar la cizaña llevándonos detrás el trigo. Y no olvidemos que el trigo es siempre “la persona”. Por eso Jesús nos invita a crecer juntos, y pulirnos unos con otros, pero con cariño. *“No es el martillo el que deja perfectos los guijarros, sino el agua con su danza y su canción” (R. Tagore.)* Y el gran San Agustín nos dirá: *“Sólo aquel que ama puede corregir”*.

Hermano Templario, pregúntate: ¿Estoy convencido de que la Iglesia no puede seguir así? ¿Crees que deberíamos ensayar el camino de la

Iglesia Primitiva? ¿Exijo a los demás lo que no me exijo a mí mismo? ¿Estoy dispuesto a cambiar? ¿Estoy dispuesto a vencer el mal a fuerza de bien?

NNDNN

✠ **Dios Padre te necesita, cuenta contigo, te pide acciones concretas cada día para transformar la humanidad con su Palabra. Proponte cada día una acción concreta que vaya cambiando tu ser.**



FORMULA ORACIONAL de la ASAMBLEA TEMPLARIA DE ORACIÓN

- 1- Posición y relajación del cuerpo, en pie, sentados o arrodillados cada uno asumiendo la postura que favorezca más su concentración. Lo importante, independientemente de la posición que se adopte, es colocarnos con la actitud de un ser ante su Creador y Padre, rodeados y acogidos por su fortaleza y ternura y transportados al tiempo eterno.
- 2- Cerrar los ojos. Calmar toda emoción. Silenciar toda actividad mental discursiva e imaginativa. Alcanzar el máximo de intensidad para, como sugiere el Papa Francisco sentir que “La oración no es magia, sino un confiarse en el abrazo del Padre. Tú debes orar a quien te engendró, al que te dio la vida a ti concretamente”.
- 3- Desde esa actitud, sintiendo como dice Francisco que “tenemos un Padre cercanísimo que nos abraza”, recitamos el Padrenuestro de forma sentida:

***Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.
Venga a nosotros tu Reino, hágase tu Voluntad así en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día y perdona nuestras ofensas, porque
nosotros ya hemos perdonado a quienes nos ofenden.
No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal.
Porque Tuyo es el Reino, el Poder y la Gloria, Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y
siempre y en los siglos de los siglos.
Amén.***

Versión en Latín:

***Pater Noster, qui es in coelis, sanctificetur nomen tuum.
Adveniat Regnum tuum, fiat voluntas tua, sicut in caelo et in terra.***

***Panem nostrum cotidianum da nobis hodie, et dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris.
Et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos a malo.
Quia Tuum Regnum, et Potestas et Gloria, Pater, Filius et Spiritus Sanctus, nunc et semper et in saecula
Amen***

- 4- A continuación, siguiendo la indicación de nuestro padre San Bernardo que dice que “ésta es la voluntad de Dios: quiere que todo lo tengamos por María”, rezaremos el Ave María.
- 5- Continuamos centrando la atención dentro de nosotros mismos, en el corazón, tratando de sentir la presencia del Espíritu de Dios en él. Y así, siguiendo el ritmo de la respiración, según el método de Oración Hesicasta decimos interiormente:

"Señor", (alargando la pronunciación al tiempo de la inspiración; al expirar, en profunda meditación decimos): " ten piedad "....

"Señor (inspiración), ten piedad (expiración), o bien: " " Señor Jesucristo (inspiración) ten piedad (expiración).

Larga Vida Al Temple